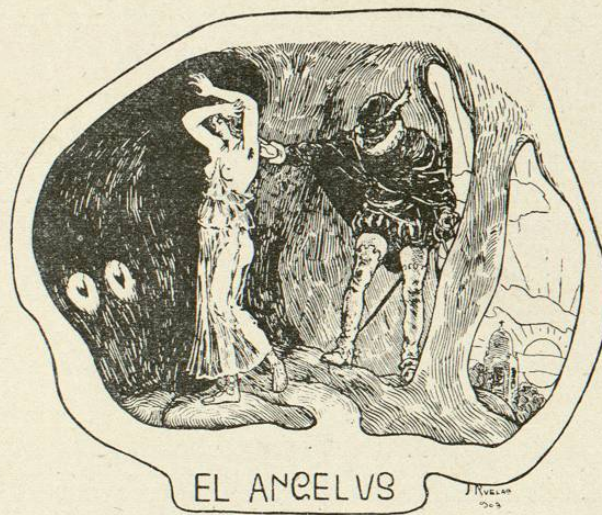


ANGELUS





A CARLOS DIAZ DUFOO.



El ángel del Señor  
anunció á María. . . .

Cuando en torno miró, ya estaba sola;  
en su doliente pecho,  
como una inmensa ola,  
alzáronse la pena y el despecho;



llevó las manos á los negros ojos,  
sacudió con dolor la blanca frente;  
en tanto que en el término del día  
nafragaba la luz, entre los rojos  
oceanos de fuego de Occidente.

Las lágrimas amargas que vertía,  
los suspiros que á veces exhalaba,  
en su seno la tarde recogía.

Era la hora del misterio hondo;  
la claridad colgaba  
aún, en los picachos, sus crespones;  
y del oscuro fondo  
la onda de la noche se elevaba,  
al toque sacrosanto de Oraciones.

«El Ángel del Señor» . . . entre sus labios  
murmuró la plegaria huyendo luego. . . .  
No pudo levantar el dulce ruego,  
sintió en la boca todos los resabios  
de la boca de él, boca de fuego. . . .

¡Era una niña tan sencilla y pura!  
¡Siempre le vió con tanta confianza!  
Surgió como una hostia en lontananza  
la luna deslumbrante de blancura.  
Lo recordaba. . . . Niños persiguieron  
(¡ay! símbolo quizás de su esperanza)  
la misma mariposa en la espesura;  
juntos lloraron, juntos sonrieron,  
al través de sus lágrimas, rocío  
que bañaba el jazmín de sus mejillas  
al tornar regocijo los enojos;  
no hubo entre ellos jamás tuyo ni mío;  
del torrente en las ásperas orillas  
la coronó una vez de lirios rojos.  
¡Cuánta inocencia la niñez encierra!  
¡Qué diáfanos y puros sus anhelos  
sobre la verde alfombra de la tierra,  
bajo el toldo esplendente de los cielos!

«Anunció á María» . . . . y ya no pudo  
seguir porque aquel beso le sellaba  
el capullo de lirio de la boca,



y puesta de rodillas sollozaba.  
 Creyó mirar en apartada roca  
 la sombra de su madre, á la indecisa  
 luz moribunda que el espacio irisa,  
 pero se desvanece si la invoca.  
 ¿Iba á volverse loca? . . . .  
 «¡Mamá! ¡Mamá!» clamó. De la campana  
 repetía el acento entre los montes:  
 «Llena eres de gracia.» Alzóse ufana  
 y miró los inmensos horizontes.



Vórtice de oro la fulgente grana  
 habíase tornado en el Oeste,  
 franjeado por ráfagas de plomo;  
 lenta palidecía el áurea veste

de la luz espectral, en las alturas;  
 y volvió á la oración la niña, como  
 el náufrago se ase entre las olas  
 al leño que se ofrece en las llanuras  
 del mar, con Dios y con la muerte á solas.  
 «Ave. . . . Ave María,  
 llena eres de gracia,» repetía.  
 «El Señor es contigo,» la campana  
 dijo con voz solemne á sus oídos.

Ella cayó de hinojos  
 entre las sombras de la noche arcana,  
 comprimiendo del pecho los latidos,  
 llenos de luz y lágrimas los ojos;  
 sin duda iba á venir por la mañana!

Era huérfana y pobre. . . . estaba sola;  
 él era bueno, amábale por eso;  
 y estalló por sus labios una ola  
 que le quemó la boca: era aquel beso.  
 Pero sintió el placer de los placeres



serpear por sus venas,  
al escuchar como rumor, apenas:  
«Bendita tú entre todas las mujeres.»  
.....

«Bendito el fruto de tu vientre» .... Un grito  
se escapó de su boca contraída. . . .  
Una estrella radió en el infinito;  
al mirarla cayó desvanecida; . . . .  
y piensa que la noche tiene garras,  
que una boca se pega con la suya,  
oye chocar salvajes cimitarras  
y que clama una voz: tómala, es tuya!

Cuando ella volvió en sí, miró hacia arriba;  
y contemplando del amor la estrella,  
sintió que su alma virginal se iba  
y que el alma de madre entraba en ella.

Y puesta en pie, de espaldas al pasado,  
roto de su pureza el blanco broche,

alzó la frente con dolor callado;  
y silenciosa y triste, pero erguida,  
como el mundo en las sombras de la noche,  
penetró en las tinieblas de la vida.

